

Fray Justo Perez de Urbel

CAPITULO III EL CIEGO DE NACIMIENTO Y EL BUEN PASTOR (Juan 9 y 10)

Nueva ocasión de odio

Los odios originados en Jerusalén por el milagro de la piscina de Bethesda (Bezetha) se van a recrudecer ahora por la realización de otro milagro, que provocó entre amigos y adversarios la más profunda emoción. Nos le cuenta San Juan con tan fuerte dramatismo, que, al leer su relato, parece que le estamos viviendo. Aunque le encontramos a continuación del discurso sobre la luz espiritual, se realizó, sin duda, unos días más tarde, cuando la fiesta de los Tabernáculos había terminado ya.

Todavía quedaban entre los pórticos los últimos ecos de la gran discusión con los fariseos, cuando, en una de las puertas del templo, vio Jesús a un mendigo, que, con lastimero acento, tendía sus manos a los transeúntes. Era un ciego de nacimiento, como lo indicaba él mismo en la triste cantinela que le servía para conmover el corazón de las gentes; un ciego que, apostado día tras día en aquel lugar de privilegio para un miserable, se había hecho popular por su arte de pedir limosna. Y ahora se encontraba delante de Jesús en un día de sábado. Su desgracia hizo pensar a los Apóstoles en un problema moral, motivado por la concepción popular de que toda desgracia era el castigo de un pecado, de que todo mal físico era la consecuencia de un mal moral. Y preguntaron a Jesús:

Cristo no quiere detenerse a darles una explicación del origen del sufrimiento, que el autor del libro de Job había ya resuelto en contra de la creencia general del pueblo hebreo; pero aprovecha la ocasión para orientar su mirada. La enfermedad no es un castigo enviado por Dios de una manera caprichosa; es, antes que nada, la ocasión de un bien, de una manifestación de amor y de gloria; y lo era muy especialmente esta vez : "Ni él pecó, ni sus padres. Nació ciego, para que la gloria de Dios se manifestase en él." Nadie le ha pedido un milagro, pero lo va a hacer: "Mientras es de día, tengo que realizar las obras del que me ha enviado. Viene la noche en la que nadie puede obrar. Mientras estoy en el mundo, soy luz del mundo." Un milagro estupendo viene a sellar esta afirmación. Escupe en la tierra, hace un poco de barro, lo pone sobre los ojos del ciego, y le dice : "Ve y lávate en la piscina de Siloé." Siloé, observa San Juan, significa "enviado". Era, por tanto, un símbolo de Cristo, era la piscina sagrada, cuyas aguas se recogían con tanto respeto y solemnidad durante la fiesta de los Tabernáculos; una piscina que comunicaba, por medio de un canal, que había mandado abrir el rey Ezequías con el manantial de la fuente de Gihón, es decir, de la Virgen. De ahí precisamente le había venido al acueducto el nombre de Siloé o Siloam. El barro no era muy a propósito para devolver la luz a unos ojos, pero lo que Jesús quería era despertar la esperanza en un corazón, preparar los caminos para la fe, manifestando al mismo tiempo la virtud vivificante de su humanidad. Y el ciego obedeció sin vacilar.

Investigación de los fariseos

Era un día de sábado. La gente llenaba las calles, entraba y salía del templo, y los últimos grupos de peregrinos discurrían por los pórticos. La noticia empezó a circular de boca en boca, y bien pronto no se hablaba de otra cosa en la ciudad. Llegan los curiosos, se arremolinan los que habían venido de lejos con la esperanza de ver en Jerusalén alguna manifestación del poder de Yahvé, y todos quieren oír una y veinte veces el relato de aquel suceso sin igual. Se entabla el diálogo entre la multitud, y hay muchos que se niegan a creer lo que ven. "¿No es éste —preguntan unos— el que estaba sentado y pedía limosna?" "No —dicen otros—; es uno que se le parece." Y el mismo interesado se presenta para resolver la discusión: "Soy yo", dice, con el rostro iluminado por la luz de la vista y el resplandor de la alegría más pura. No hay duda posible; hay sólo una curiosidad nerviosa por saber las circunstancias del prodigio: "¿Cómo se te han abierto los ojos?" El gozo y la emoción llenan el alma del ciego, las palabras se alborotan en sus labios, cuenta de una manera dramática, con frase rápida y entrecortada, sabiendo que tiene que repetir cien veces la misma frase: "Aquel hombre, que se llama Jesús, hizo barro, me ungió los ojos y me dijo: Ve y lávate en la piscina de Siloé. Fui, me lavé, y veo." "¿Dónde está ahora?", le preguntan. "No lo sé" responde él. No lo sabe, porque, mientras él bajó al valle del Tiropeón, para lavarse en la piscina, Jesús había desaparecido entre los pórticos y las calles de la ciudad. Además, aunque le tuviera presente, no le hubiera podido reconocer.

Interrogatorio del interesado

Pero hay un nuevo motivo de preocupación: Jesús, el hombre discutido, el que poco antes estuvo a punto de morir sepultado por un montón de piedras, interviene en el asunto. Además, era un día de sábado. Doble crimen: amasar lodo y ejercer la medicina en el día del Señor. Los fariseos se conmueven, y llevan el caso a su tribunal; hay que desenmascarar la superchería o dar una explicación de la exaltación. El mendigo comparece delante de ellos: "Vamos a ver, ¿qué ha hecho contigo Jesús de Nazaret?"

"Me ha puesto barro sobre los ojos, me he lavado, y veo", dice el interrogado. Los fariseos no se atreven a negar el hecho, pero quisieran que aquel hombre le diese una interpretación torcida. ¿Qué va a ser de ellos, si no logran tapar la boca a un propagandista tan entusiasta de su enemigo? "Un hombre que viola el sábado no puede ser de Dios", se dicen unos a otros delante del mendigo. Hay algunos, no obstante, menos fariseos, que no aciertan a comprender "cómo un hombre pecador puede hacer tales señales", pero esta objeción tímida se pierde entre los clamores de los que le consideran como un ególatra, como un brujo, como un endemoniado. Los fariseos creen ya al mendigo bastante preparado para adherirse a su manera de pensar, y le preguntan. "Vamos a ver; ¿tú qué dices de este hombre?" "Que es un profeta", responde él sin titubear.

Nuevos interrogatorios

Esta salida inesperada desconcierta a los interrogadores; pero, si no se puede hacer ver que el suceso es cosa de magia, queda el recurso de afirmar que el milagro no ha existido o de poner en duda la identidad del interesado. Hicieron venir a los padres del mendigo. Los pobres viejos entraron acobardados y como atontados por ese terror que inspiran a las gentes del pueblo los representantes de la autoridad y de la justicia. "¿Es éste, les preguntaron, vuestro hijo, el que decís que nació ciego?" "Este es",

respondieron ellos. "Pues, ¿cómo ahora ve?" Esperaban, sin duda los fariseos recoger de la boca de los padres algunas palabras que les sirviesen para debilitar el valor de aquel suceso. Pero los padres supieron salir del paso con esa habilidad que tiene la gente del pueblo para evitar enredos con los magistrados, sin ocultar por eso la verdad. Era terrible enfrentarse con aquellos altos dignatarios, que, según se susurraba, habían ya decidido arrojar de la sinagoga, es decir excluir del pueblo de Dios a todo el que se declarase discípulo de Jesús de Nazaret. "Sabemos, dijeron, que éste es de veras nuestro hijo, y que nació ciego. Cómo ahora ve y quién ha abierto sus ojos, lo ignoramos; preguntadle a él, pues ya tiene edad de hablar." Los padres están intimidados; tal vez se pueda conseguir del hijo alguna cosa por el mismo camino, "Da gloria a Dios, le dicen enfáticamente; confiesa la verdad: nosotros sabemos que ese hombre es pecador." El joven no se deja asustar por aquel aire autoritario. Un poco molesto por tantas importunaciones, dice a los fariseos: "Si es pecador, no lo sé; pero sé una cosa: que, habiendo sido yo ciego, ahora veo." Algo terriblemente sospechoso debe esconderse en esa curación extraña: fraudes, fórmulas mágicas, comercio con los espíritus. Los fariseos desean encontrar algún indicio: "¿Qué ha hecho contigo? ¿Cómo te ha abierto los ojos?" El mendigo pierde al fin la paciencia, y contesta con tono zumbón: "Ya os lo he dicho; ¿para qué queréis oírlo otra vez? ¿Por ventura, deseáis también vosotros haceros sus discípulos?" Es más de lo que pueden soportar los fariseos. "¡Maldito seas!", exclaman despectiva y coléricamente; pero luego se reportan, creyendo que todavía puede serles útil aquel hombre, y acuden a un argumento decisivo para un israelita: hay que escoger entre Jesús o Moisés: "Sé tú su discípulo; nosotros somos discípulos de Moisés. Sabemos que a Moisés le habló Dios; Este, en cambio, no sabemos de dónde es." Ya no dicen que es un pecador, sino que se contentan con lanzar una sospecha usando de una maniobra hipócrita, cuya mala fe desenmascara el mendigo con esta respuesta, que es el abecé del sentido común: "Es cosa maravillosa que habiéndome abierto los ojos no sepáis vosotros de dónde es. Sabemos que Dios no oye a los pecadores. Cuando uno teme a Dios y observa su palabra, Dios le oye. Desde que el mundo es mundo, nunca se ha oído que alguien haya abierto los ojos de un ciego de nacimiento. Si Este no fuera de Dios, no podría hacer cosa semejante."

El ciego delante de Jesús

Despechados, acorralados por la lógica de este hombre ignorante, los fariseos se le echaron encima, y le despidieron con estas palabras, por las que se ve que también ellos creían que la enfermedad era un castigo de la culpa. "Naciste cubierto de pecados, ¿y pretendes darnos una lección? Y llenándole de injurias le echaron de la sinagoga. Entonces debieron empezar para él las preocupaciones. Los jefes de Israel le miraban ya como a un excomulgado; ya no se podría presentar en los pórticos del templo con la misma confianza que antes, y nada preciso sabía acerca de aquel hombre misterioso que le había dado la vista. Evidentemente, no era un pecador. Era a todas luces un profeta. ¿Sería algo más? El le amaba, considerándole como un gran bienhechor. Jesús quiso aprovechar aquella sinceridad generosa y llevarle a la plenitud de la fe. Poco después, el taumaturgo y el mendigo se encontraban en los alrededores del templo. "¿Crees, preguntó Jesús, en el

Hijo del hombre?" O según otro texto: "¿Crees en el Hijo de Dios?" Y el pobre hombre reconoció la voz milagrosa, la voz inolvidable que le había ordenado lavarse en la piscina. "Señor, dime quién es, para que crea en Él." Ante esta oración sublime, llena de abandono y confianza, Jesús se manifiesta con toda su bondad: "Ya le has visto: es el mismo que contigo habla." El mendigo no duda: antes había oído hablar de Jesús, ahora le ve. Le ve y cae en tierra, diciendo con lágrimas de amor y de agradecimiento: "Creo, Señor." El discípulo amado podrá decir más tarde: "Este es el juicio; que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz." Los jefes del pueblo, ocupados noche y día en el estudio de la ley, desconocen a Cristo, y, en cambio, este pobre ciego se entrega con adhesión absoluta. Una aberración semejante arranca al Señor unas palabras que afloran a sus labios envueltas en una oleada de irritación y amargura: "Yo he venido al mundo para hacer el juicio, para que los ciegos vean y los que vean sean hechos ciegos." Como siempre, los doctores observan, espían. Han oído esta frase y han visto en ella una alusión que los mortifica: "¿Somos acaso ciegos nosotros?", preguntan indignados. No lo son ciertamente, y eso es lo que les condena, o, mejor dicho, son ciegos que se enorgullecen de su saber y alardean de una vista maravillosa. Su ceguera es incurable. "Si, por lo menos —les dice Jesús—, fuerais ciegos, no tendríais pecado. Pero vosotros mismos decís que veis. Por consiguiente vuestro pecado permanece." Los humildes, los dóciles, los que reconocen su ceguera, esos serán admitidos en el reino de Dios.

Así se nos presenta este hombre que acaba de recibir la gracia de la iluminación, signo a la vez del poder divino de Jesús y de las maravillas invisibles que cada día realiza en las almas. Los doctores le han arrojado de la sinagoga: es una oveja que los pastores de Israel no quieren ya admitir en su rebaño. Pero el excomulgado, el indeseado, va a consolarse con una de las parábolas más emocionantes del Evangelio inspirada por lo que a él le acababa de suceder.

(Fray Justo Perez de Urbel, *Vida de Cristo*, Ed. Rialp 1987, p. 400-406)